

Atenea

Revista Mensual de Ciencias, Letras y Artes.
Publicada por la Universidad de Concepción.

Año XIII

Junio de 1936

Núm. 132

Puntos de vista

Gorki.

Uno de los fenómenos más penosos de la revolución rusa, fué sin duda, el que produjo la persecución de los escritores que no eran gratos al sentido antiburgués de aquella revolución. Gorki estaba entre ellos y uno de los preclaros, Andreieff, hubo de escapar a duras penas, para morir luego en la obscuridad y el abandono. De nada había servido levantar a un plano de grandeza en la creación artística el alma torturada y contradictoria del vagabundo de la estepa o del hombre de las ciudades. Iguales en la veleidad, en la delicadeza y en la brutalidad. Pero unos más felices que otros, unos más devorados por la miseria que los otros. El alma era en ellos idéntica y sólo así ha podido encontrarse en las creaciones de escritores como Dostoiewski, Tolstoi, Gogol o Gorki, esta dualidad original de hombres místicos y lujuriosos, generosos y mezquinos, grandes hasta el sacrificio y bajos en la ruindad del egoísmo. Alma contradictoria y penetrada o iluminada por una fe que aparece arrancada en los suburbios al espectáculo de tragedias inacabables.

Gorki había conocido aquella alma, porque él la siguió en la vagancia forzada o voluntaria, a través de todos los caminos innumerables de la estepa. El aprendiz de zapatero, el pinche de cocina, el panadero de las aldeas más sórdidas, el relojero e impresor, vivió con todos los desechos del pueblo y se acostó hambriento bajo los vagones en las estaciones solitarias de Siberia. Fué el desdichado, el vagabundo que comía en el mismo plato con los asesinos y ladrones. Nunca quizá un escritor tuvo un aprendizaje más

duro y bestial y nunca acaso un alma ardiente recibió confesiones más íntimas de hombres que no volvería a encontrar jamás en la vida. Pero es seguro que más tarde, si la suerte no les fué tan adversa, se reconocieron en la lectura de los cuentos del desdichado, del amargo. Le conocían todos sin leerlo. Muchos jamás le leyeron en la gran estepa y, sin embargo, le querían como a uno de su sangre. Los vagabundos reconocían en Gorki a un hermano. Los mendigos de las ciudades rusas en lugar de pedir una limosna en nombre de Cristo, pedían ayuda para salvar «un tipo de Máximo Gorki». Un tipo! El, el mendigo, se reconocía como un tipo surgido de las creaciones novelescas del autor de LA MADRE, y se sentía orgulloso tal vez de haber salido al mundo de la realidad, de un salto desde las páginas de LOS TRES, de LOS VAGABUNDOS o de LOS EX HOMBRES.

A tal punto había llegado la exactitud de la creación en este autor. Los hombres tomaban por verdadera la reencarnación en el personaje gorkiano y salían a deambular por los caminos, felices de ser héroes. Quizá esta sutileza no sea sino una característica de esa alma atormentada del ruso, en la cual libran tan tremenda batalla, el sutil soplo de la fe y la dura violencia del pecado carnal, la lujuria o el crimen. Gorki fué el cantor de la madre. Rusia era la madre para él, tanto en el sufrimiento glorioso como en la conmiseración y el pecado. Quien le lea o haya seguido su itinerario de escritor y de vagabundo, hasta topar con la prosperidad, ya en la vejez, encontrará siempre en sus páginas el agrio encanto de los pueblos, en su torbellino de harapos y ese olor áspero y punzante de pescado podrido de los malecones del Volga.

Las andanzas de Gorki fueron penosas. En general, la vida de los escritores rusos ha sido siempre amarga. Dostoiewski, Tolstoi, Andreieff, Gogol fueron hombres que bracearon contra los huracanes de la vida, en lucha con los demonios de las pasiones. El escenario les prestaba la levadura para el combate. Vivían en la opresión, en el aire viciado de una tiranía absoluta y violenta, en medio de gentes miserables. Rusia fué el país de las grandes contradiccio-

nes. Debajo de unas castas suntuosamente instaladas, vivía una masa enorme y abandonada, un pueblo famélico e irritado. Se especulaba sobre la fatalidad, sobre la resignación de ese pueblo. Cada escritor había descubierto en el hombre vagabundo, en el agitador sombrío, en la prostituta, los elementos compasivos, los seres encadenados por las injusticias, en los cuales latía una chispa del Cristo reivindicador y amigo de los humildes y de una virgen piadosa que perdonaba las miserias y contradicciones del pecado.

Gorki fué el vagabundo más cercano de la masa y el que mejor la cantó. La cantó en cada uno de esos miserables desdichados que pasaron con él días y noches interminables de sufrimientos. Las cárceles estuvieron siempre abiertas para ese ser errante que cruzaba las estepas y dormía en las cuadras de los caballos. Allí aprendió el lenguaje rudo y viril de la protesta. Mirando vivir a sus hermanos en sufrimiento, comprendió de qué enorme capacidad de sacrificio y de resignación estaba amasada el alma del ruso. Y como Andreieff o Dostoiewski sintió en sí mismo el dolor de los otros. Universalmente fué acogido como el más hondo de los intérpretes populares.

Un rastreo en la literatura americana de comienzos del siglo, reclamaría para Gorki un puesto entre los precursores. 1900 mostró a los hombres de letras de estas tierras un espectáculo en el que antes no habían reparado o sobre el que habían pasado muy de prisa. Las primeras obras del escritor ruso propagadas en las ediciones de Maucci, llegaron a este continente en los comienzos del siglo. Deslumbraron a los escritores americanos. Había en ellas el dolor, la protesta, el rudo combate de los hombres contra la naturaleza, contra los otros hombres o contra las injusticias sociales. Ese cuadro de un país tan lejano les hizo mirar la realidad circundante y encontraron también un pueblo sufriente, una indiferencia medular para los pobres, unos campos embriagados de romanticismo, unas viviendas parecidas a aquellas chozas de las isbas, en las cuales penaba una muchedumbre pasiva y resignada.

La compenetración de Gorki con los lectores de todo el mundo,

proviene en gran parte de esta fuerza tan humana de su literatura. Siendo ella eminentemente rusa, cabe en todos los espíritus que de uno u otro modo han sentido en sí mismos el sufrimiento de la explotación, de la humillación o del dolor causados por las injusticias. En ese vagabundo de la estepa se reconocían los vagabundos de otros países antípodas. Vestidos de otra manera, vagando por sendas distintas a las que describía Gorki, sufriendo el rigor de leyes quizá más benignas o menos crueles, se sentían sin embargo, hermanos de los héroes pintados por el autor de TOMÁS GORDEIEW. Ayudaba en esta compenetración singular, la naturalidad del estilo, la ausencia de mundos subterráneos en esas almas rudas y elementales—distinto de como ocurre en las creaciones de Dostoiewski—y un destino igual de soledad y de sufrimiento en el curso silencioso de sus existencias. Le entendieron por eso, las generaciones americanas que se encontraban aún impregnadas del estetismo francés. Las vastas soledades esteparias de Rusia, sus inmensas contradicciones, la miseria del hombre en medio a las ingentes riquezas del suelo, confrontadas con la servidumbre del pueblo americano que en la exterioridad parecía idéntica a la que sufrían los mujiks, contribuyeron a que los ideólogos y las generaciones jóvenes de América sintieran al escritor ruso como si fuera un intérprete de sus propias ansiedades e inquietudes.

Tal nos parece que es en la esencia, el sentido social que adquiere el arte cuando está trabajado por un escritor que universaliza sus creaciones. Caben, aun siendo locales, en todos los climas y calzan en todas las angustias humanas. Gorki añadió a su vigor de escritor, la amplitud de la creación. Le sintieron como propio todos los vagabundos, los miserables, los ex hombres, los humillados y los ofendidos, los que, en fin, buscaban obstinadamente una justicia en medio de las grandes soledades y angustias de la vida.